

CELEBRACIÓN DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

Catedral de La Habana, 1 de enero de 1996

Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Mons. Benjamino Stella, Excmos. Señores Embajadores y distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático, queridos hermanos y hermanas todos.

Comienza hoy un nuevo año civil. Las informaciones de los días finales del año que acaba de concluir hacen recuento de lo acontecido en ese espacio de tiempo en distintos lugares del mundo. Son frecuentes en estos días los balances económicos más o menos alentadores, generalmente poco entusiasmantes para los pueblos del mundo subdesarrollado y pobre. En países de mayor desarrollo económico y donde se han consolidado sistemas cada vez más democráticos y estables, la corrupción ha hecho mella en las instituciones y tiende a sembrar decepción o desconfianza.

En cuanto al perenne anhelo de paz de la humanidad, se han producido, en el año que termina, hechos contrastantes, como los acuerdos sobre Bosnia y la muerte violenta de Yisac Rabin. En esos solos acontecimientos se nos muestra cómo la paz puede alcanzarse, aun en situaciones muy difíciles, cuando los hombres se vuelven conscientes constructores de paz; pero al mismo tiempo, cuán amenazada está siempre la paz cuando el corazón humano permanece duro y cerrado a los llamados que le llegan desde todos los ámbitos de una humanidad cansada de guerras, que ha tenido la cruel experiencia de la inutilidad de los conflictos armados para hacer avanzar la civilización.

También en Cuba se hacen balances del año concluido y proyecciones para el futuro. Aunque se dan ciertos avances económicos muy modestos y se pronostica continuidad en una línea de crecimiento, y esto es alentador, lo que podemos constatar en la Iglesia, en nuestro diario servicio pastoral a los católicos y a todo el pueblo, son las carencias muy extendidas de bienes esenciales, entre ellos medicamentos y alimentos básicos, escasez de dinero para poder comprar lo necesario y, por lo tanto, una pobreza llevada con dignidad por la mayoría de los cubanos, pero no sin sufrimientos y con impaciencia creciente. Es acorde con esta celebración que mencionamos esos factores de inquietud social y de penurias materiales, pues la paz no es una consigna de carácter universal referida a una especie de utopía inalcanzable, sino que se forja o naufraga en las experiencias cotidianas de los pueblos.

En el Sermón de la Montaña, Jesucristo proclama la dicha de los pacíficos con palabras que sugieren directamente la acción comprometida del hombre para alcanzar la paz. *«Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9).*

Es evidente que la paz que Cristo propone al corazón humano debe ser recibida como un don de Dios, pero, al mismo tiempo, el hombre debe preparar concretamente caminos de paz en la sociedad, en su familia y en su propio corazón, si quiere de veras cooperar al plan de Dios.

No pueden pasarse por alto las otras Bienaventuranzas que acompañan al trabajador por la paz: *«Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia», «Dichosos los pobres en el espíritu».* De unos y otros, dice el Evangelio, es el Reino de los Cielos.

El hambre y la sed de justicia hacen del hombre un luchador por implantar en el mundo el verdadero equilibrio en el disfrute de los bienes de la tierra y en las relaciones de los hombres entre sí y en el seno de la comunidad política. La pobreza espiritual libera el corazón humano, no lo deja aferrarse a cosas ni a personas, ni a concepciones. Un corazón sencillo y pobre es libre como el de Cristo y hace al ser humano capaz de crear una convivencia social civilizada. En este orden de la pobreza de espíritu, la palabra de Jesús señala que *«los mansos se adueñarán de la tierra»*, es decir, aquellos que proponen y no fuerzan, los que esperan siempre la respuesta libre de sus hermanos, tendrán un peso definitivo en ganarse para el bien la voluntad de todos.

Justicia y libertad son así las dos condiciones primeras de una paz segura, que se asienta sobre bases firmes y que el ser humano vive primero en su interioridad personal y en la familia, haciéndose así capaz de crear sociedades pacíficas de hombres y mujeres felices.

Ser trabajador por la paz es, pues, luchar por la justicia y esforzarnos con espíritu libre y liberador porque las virtudes y los valores propios de la mansedumbre espiritual, que hacen al hombre dueño de sí mismo y de su destino en la tierra, triunfen sobre la mediocridad, la violencia, la desidia y la pasividad.

La Iglesia nunca y en ningún lugar puede dispensarse de esta lucha y de este esfuerzo. En ello le va su fidelidad a Jesucristo, que se prueba en el amor a los hermanos, a quienes debemos proponer ese camino espiritual que nos hace personas realmente dignas. La aceptación o no de Jesucristo como Dios hombre, promotor de esa justicia en libertad, dependerá de la misma libertad de quienes reciben el mensaje; pero la obligación de proclamarlo a todos los hombres nos viene del Señor y compromete a todos los cristianos: a Obispos y sacerdotes, pero de modo especial a los laicos, que participan muy activamente en esta misión de la Iglesia por sus responsabilidades en el mundo del trabajo y en los diversos y complejos campos de la vida social y política.

La Iglesia, bebiendo de la fuente inagotable del Evangelio de Jesucristo, que es su carta magna, no presenta, a la humanidad inquieta y en búsqueda, únicamente teorías para transformar la sociedad o el mundo, sino una concreta visión del hombre y una clara propuesta de amor y de paz que ella dirige al mismo hombre, a cada hombre, porque hay una primacía de la persona en la doctrina de Jesús: *«el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado»*, dirá el Señor a algunos judíos, observantes de preceptos, pero incapaces de misericordia y comprensión.

El hombre es así anterior a cualquier otra institución humana, es anterior al Estado, incluso anterior al culto debido a Dios. Si a la misma hora de la celebración de la Santa Eucaristía tienes el deber imperioso de cuidar a un enfermo, no hay duda de que tu primera obligación es atender a quien sufre.

Este es el modo de actuar que Jesús propuso a los suyos y que la Iglesia se esfuerza por mantener en su acción de apoyo y sostén a los más necesitados en el cuerpo o en el espíritu, a los que reclaman lo mínimo indispensable para vivir y mantenerse sanos y a quienes piden un poco de amor. Por eso, en el amor cristiano, en la caridad, hay una insoslayable llamada a la urgencia: *«nos apremia el amor de Cristo»*.

Sabemos teóricamente, y se ha comprobado en la práctica, que solo la producción de riquezas puede llegar a colmar las necesidades humanas, si se da al mismo tiempo una buena repartición de esas mismas riquezas, pero mientras no se lleguen a producir esas riquezas, no podemos pasar de largo y dejar al pobre tirado al borde del camino. Los cristianos, como Cristo, tienen que actuar como el buen samaritano.

La caridad cristiana no viene a reemplazar con desventaja a la justicia, más bien la desea, la procura y la promueve. Así, por ejemplo, CARITAS, que es el organismo de servicio que la Iglesia ha establecido en la gran mayoría de los países del mundo, no se ocupa solo, ni primeramente, de la distribución de alimentos, vestidos o medicamentos a los más necesitados, sino sobre todo de la promoción del hombre, de su familia y de otros grupos humanos más numerosos. Es ya habitual que CARITAS fomente la pequeña empresa, familiar, cooperativa o de otro género, la cual crea estabilidad económica y genera riquezas en el seno de la sociedad. De este modo no se acude a la ayuda directa para paliar el hambre o disminuir en algo las necesidades materiales; sino que, por medio del trabajo, aumentan los bienes, crece la creatividad y las personas alcanzan su real estatura humana. Facilitar a los hombres los medios para sentirse dueños de su destino es una forma superior de caridad cristiana, que contribuye a favorecer su bienestar material, al mismo tiempo que libera sus mentes y sus corazones.

Esperamos que, en el nuevo año que comienza hoy, pueda ampliarse el campo de acción caritativa y social de CARITAS Cubana, especialmente en sus programas para la tercera edad, sin olvidar a los enfermos crónicos y a los niños. Estas son las personas que más apoyo necesitan de la comunidad humana y, dentro de ella, de las organizaciones de servicio de la Iglesia.

El mensaje del Papa Juan Pablo II para la Jornada de la Paz que celebramos siempre el 1 de enero se refiere este año precisamente a la niñez y trae un lema sugerente: *«¡Demos a los niños un futuro de PAZ!»*.

Dice al proponerlo el Santo Padre: *«Esta es la llamada que dirijo a los hombres y mujeres de buena voluntad, invitando a cada uno a ayudar a los niños a crecer en un clima de auténtica paz. Es un derecho suyo y es un deber nuestro»*.

La familia cubana quiere mucho a sus niños y cuida de ellos, de su salud, de su higiene personal, de su alimentación. Este tradicional amor a los niños puede verse afectado, sin embargo, por la disgregación de la familia, fenómeno muy extendido entre nosotros.

Estoy al tanto de algunas reformas del Código de Familia vigente en Cuba justamente para fortalecer la familia cubana. Esto es motivo de aliento para cuantos se preocupan, desde su propia misión en la sociedad, por el futuro de la familia, que debe asegurar a su vez el futuro de la niñez, porque, en palabras del Papa Juan Pablo II: *«Una infancia serena permitirá a los niños mirar con confianza la vida y el mañana»,* pues: *«Los pequeños aprenden bien pronto a conocer la vida. Observan e imitan el modo de actuar de los adultos. Aprenden rápidamente el amor y el respeto por los demás, pero asimilan también con prontitud los venenos de la violencia y del odio. La experiencia que han tenido en la familia condicionará fuertemente las actitudes que asumirán de adultos. Por tanto, si la familia es el primer lugar donde se abren al mundo, la familia debe ser para ellos la primera escuela de paz»*.

Y continuó citando el Santo Padre: *«Pero, además de la educación familiar fundamental, los niños tienen derecho a una específica formación para la paz en la escuela y en las demás estructuras educativas, las cuales tienen la misión de hacerles comprender gradualmente la naturaleza y las exigencias de la paz dentro de su mundo y de su cultura. Es necesario que los niños aprendan la historia de la paz y no solo la de las guerras ganadas o perdidas».*